

LOS ANTECEDENTES DE LA PROFESIONALIZACIÓN BIBLIOTECARIA DE THE PUBLIC LIBRARIES ACT DE 1850

María Dolores Carrasco Canelo

University of Huelva, Spain

mariadolores.carrasco@dfing.uhu.es

Received: June 19, 2023

Accepted: May 1, 2024

Abstract: This article analyzes the background to the first public libraries law, The Public Libraries Act of 1850. The Act was the first legislative step in the creation of an enduring national institution that provided universal free access to information and literature. This law was a statutory basis for making reading public services accessible to a wider variety of users as a result of the demands of the Industrial Revolution. The main objective of this article is to explore a historical perspective on the evolution of libraries in the centuries leading up to the approval of this law, in order to understand the increasing relevance libraries gained over the centuries. The framers of the Act envisioned public libraries primarily as an agency for betterment of the working class. A series of other social elements—the spread of schooling, increased leisure and domestic comfort across large parts of the population—is offered as a contribution to this line of argument. Therefore, this Act was indicative of the political, moral, social and educative concerns of the time, the 19th century during the Victorian Age.

Keywords: The Public Library Act of 1850; Library Science; British Public and Private Libraries.

Resumen: Este artículo analiza los antecedentes de la primera ley de bibliotecas públicas, The Public Libraries Act de 1850. Esta ley fue la primera iniciativa legal en la creación de una institución nacional que ofertara acceso a la información y la literatura de forma universal. Pretendía dar respuesta a la necesidad de promover bibliotecas públicas profesionalizadas, regladas y abiertas a usuarios más heterogéneos como consecuencia de las demandas de la Revolución Industrial. El objetivo principal de este artículo es ofrecer una perspectiva histórica de la evolución de las bibliotecas en los siglos previos a la aprobación de esta ley para comprender la relevancia que estas fueron adquiriendo. Sus legisladores concibieron las bibliotecas públicas como una intervención para la mejora de la clase trabajadora. Se ofrecen también otros aspectos sociales como línea argumentativa—el aumento de la educación, el tiempo libre y las comodidades domésticas accesibles a más estratos sociales. Así, esta ley respondía a la nueva realidad política, moral, social y educativa que caracterizó al siglo XIX en plena época victoriana.

Palabras clave: The Public Library Act de 1850; Biblioteconomía; Bibliotecas Públicas y Privadas Británicas.

1. INTRODUCCIÓN

La evolución del sistema bibliotecario en el Reino Unido cuenta con un momento neurálgico en plena vorágine del siglo XIX como es la aprobación de la primera ley al respecto, *The Public Libraries Act* de 1850, que marcó un antes y un después en lo que a la legislación, formación y gestión de bibliotecas se refiere, ya que ofrecía la posibilidad de crearlas apoyándose en una legislación y regularización oficial. Este hecho favoreció las oportunidades de acceder a los libros, ya fuera para estimular la educación o para disfrutar del hábito lector como mero entretenimiento. La ley respondía al desorden, debate y búsqueda de soluciones en torno a la creación y gestión de las bibliotecas públicas. No obstante, este principio del fin a una gestión de bibliotecas posiblemente más intuitiva que exhaustiva parte de unos antecedentes que explican la demanda y necesidad de la misma. Se hace preciso, por lo tanto, considerar esos momentos previos a la ley para comprender mejor de qué base se partía, propósito del presente artículo. Asimismo se apunta hacia dónde se encaminaba el nuevo paisaje urbano de bibliotecas: se provenía de siglos de lectura enciclopédica ligada a la clase dominante, lectura culta ejercida por las élites intelectuales, realidad que se enriquece con una oferta de lectura pública divulgativa, lúdica, más amena y disfrutada por las clases de menos recursos económicos a partir del siglo XIX, especialmente de 1850, aunque esta ley no alcanzara las cotas de éxito y extensión de bibliotecas públicas que con ella se pretendía inicialmente.

Este artículo, con una metodología enmarcada en la historia del libro,¹ expone cómo las bibliotecas, entidades de las ideas por excelencia, no se encontraban al margen de la realidad social. Por ello, se ofrece una visión cronológica de los siglos previos a 1850, momento encaminado hacia una progresiva profesionalización. A partir de 1850 y, teniendo en cuenta los cambios políticos y sociales que nutren el siglo XIX inglés con la expansión del Imperio y de la Revolución Industrial, se desarrollarán bibliotecas de distinta naturaleza cuyo principal propósito es atender las nuevas demandas de un usuario cada vez más variado mientras que, además, tanto la educación como los libros, y con ellos el conocimiento, empiezan a estar al alcance de más estratos sociales. Se concluirá, por lo tanto, que sus beneficiarios no son ya únicamente la clase en el poder, sino también aquellas menos favorecidas, de tal manera que la evolución e historia de las bibliotecas en el Reino Unido representa, pues, la historia de su sociedad.

¹ Las fuentes que se han consultado corresponden a dos categorías: un primer bloque son aquellas obras clásicas y primarias, publicadas en el mismo momento histórico, como las actas de los propios debates parlamentarios cuyos autores fueron personalidades directamente involucradas y colaboradoras de hechos y pautas que describían e intentaban implantar el desarrollo de las bibliotecas. El segundo grupo engloba las obras críticas y de investigación que han ido surgiendo en los últimos años en torno al desarrollo y establecimiento de las bibliotecas en el Reino Unido.

2. LOS INICIOS DE LAS FUNCIONES Y GESTIONES BIBLIOTECARIAS

Si bien en la actualidad la palabra “bibliotecario” describe a la persona responsable del cuidado y administración de una biblioteca, en sus orígenes las bibliotecas medievales inglesas demandaron escasa necesidad de organización. Las funciones básicas de los encargados consistían en estar presentes en la sala donde se guardaban los libros en el momento en el que accedían los lectores para facilitárselos y recogerlos. En muchos casos las colecciones permanecían sin cambios ni ampliaciones y los pocos que se producían eran por donaciones o regalos. En general, los centros religiosos, como los monasterios de pocos miembros y en su mayoría enclaustrados, tenían más facilidad para el cuidado y el control y menos peligro que las bibliotecas académicas, donde una variedad más amplia de personas tenía acceso a los libros. Entre las labores del bibliotecario medieval se encontraban registrar las inscripciones *ex libris* donde se encontraba el nombre del propietario del libro. Otra era el resumen del contenido del libro en hojas sueltas que se adherían al volumen o en etiquetas que se pegaban en la portada. Además, se encargaban del mantenimiento, cuidado y preservación de la biblioteca, así como de evitar el extravío de los libros.

Los primeros inventarios, listas o catálogos medievales varían considerablemente unos de otros y evidencian un conocimiento primitivo sobre manejo bibliográfico, ya que solo se organizaban las colecciones por autor y temática. A partir del siglo XII muchas listas de libros ofrecen contenido sobre el libro, incluyendo aspectos sobre las condiciones y el estado de los mismos. Sharpe recoge, entre otros, el ejemplo de la lista de la Abadía de Glastonbury, elaborada alrededor de 1247-48, donde constan entradas indicando si el libro era bueno o malo, nuevo o viejo (227). Pocos son los casos en los que se puede hablar de catálogos organizados con cierto rigor. Uno de ellos, estudiado por Sharpe, se encuentra en la Abadía de St. Augustine en Canterbury. Es un catálogo elaborado entre 1375 y 1380 que incluye 1.800 obras, con una organización muy sistemática por autor y obra. Si bien se desconoce la autoría de todo el conjunto, sí se conoce el nombre de un bibliotecario que dejó su huella en muchos de sus libros, Clemente de Canterbury (228).

No es, por lo tanto, hasta el siglo XVII cuando este tipo de trabajo de catalogación se encontrará de forma más generalizada. Ferdinand subraya la importancia del periodo de 1475 a 1640 para el desarrollo y sistematización paulatina de las labores de gestión administrativa. Hasta comienzos del siglo XV el tamaño de las colecciones había sido relativamente pequeño y permitía su fácil gestión, más adelante, a lo largo del siglo, esta se hizo imprescindible. Fue entonces cuando el trabajo de los primeros bibliotecarios o cuidadores (*keepers*), hombres que no contaban con formación específica, se empezó a contemplar como labor a tiempo completo.

El perfil de los bibliotecarios variaba considerablemente en función de la naturaleza de la biblioteca. Por ejemplo, en algunas bibliotecas religiosas, como en las de Bristol y Worcester en el siglo XV, la persona que aspiraba al puesto de bibliotecario y por el que recibía un generoso sueldo debía combinar conocimientos administrativos y religiosos. Se le exigía estudios universitarios, conocimiento de las Sagradas

Escrituras, ser capaz de explicarlas e interpretarlas para personas poco cualificadas, realizar lecturas públicas, rezos y asumir responsabilidades en la conservación de la colección. Las bibliotecas universitarias por su parte también exigían una preparación específica. Ferdinand estudia el caso de Cambridge, donde los capellanes habían sido responsables durante más de 300 años de la biblioteca hasta que se estableció un puesto de bibliotecario en 1577 (571-72). Paulatinamente se hizo evidente la necesidad de la implicación institucional para la gestión y así, a comienzos del siglo XVII, el bibliotecario ya se consideraba un ente profesional a tiempo completo para la administración de las bibliotecas, convertidas además en centros de interés en toda Europa. La fama y tradición de otras bibliotecas extranjeras, como las italianas, también llegó hasta Inglaterra, por ejemplo la de los Duques de Urbino y la de la Biblioteca Ambrosiana de Milán. De igual manera fueron influyentes importantes personalidades extranjeras relacionadas con las bibliotecas, como el bibliógrafo y científico naturalista suizo Konrad Gester (1516-65), el profesor de estudios clásicos Claude Clément (1594-1642) o Gabriel Naudé (1600-53), bibliotecario del Cardenal Barbarini y del Cardenal Mazarin.

Konrad Gesner requiere un apartado especial en este contexto. Escribió *Bibliotheca universalis*, que consistía en una recopilación a la vez general (todas las materias) y universal (todos los tiempos y países) de aproximadamente 12.000 referencias sobre unos 3.000 autores en la que ordenaba alfabéticamente sus obras con anotaciones y comentarios. Dentro de las técnicas de biblioteconomía incluyó innovaciones que influyeron en el desarrollo de las bibliotecas inglesas de forma decisiva. En sus descripciones bibliográficas incluía datos que hoy en día se consideran fundamentales, con una ordenación semejante a la actual: autor, título y datos de imprenta. Especificaba el lugar, el nombre del tipógrafo y la fecha de impresión. Defendía la importancia de esta información argumentando que algunos tipógrafos eran más rigurosos y cuidadosos que otros, que debía conocerse la fecha para establecer la diferencia entre ediciones antiguas y recientes y que debía incluirse el lugar, que servía para guiar al lector a buscar el libro donde era más fácil encontrarlo. Su labor, por lo tanto, fue más allá del mero ordenamiento de libros. Este trabajo se convirtió en una referencia importante posterior para la formación de catálogos de bibliotecas y adquisición de nuevos títulos. De hecho, se convirtió en el modelo para bibliotecas inglesas posteriores. Francis Bacon (1561-1626), Thomas Bodley (1545-1613) y el primer bibliotecario de la biblioteca de Bodley, Thomas James (1573-1629), fueron los primeros en adaptar en Inglaterra esta propuesta de Gesner, considerada la primera bibliografía general internacional retrospectiva y base de la terminología bibliográfica actual.

Dorothy May Norris también en su estudio *A Primer of Cataloguing* (1952) de los diferentes métodos de catalogación en las bibliotecas de Gran Bretaña describe que el criterio que se priorizó en los siglos XV y XVI fue el de la temática. Por ejemplo, apunta cómo en 1605 los libros de la biblioteca de la Universidad de Oxford se catalogaban según las categorías de Teología, Derecho, Medicina y Arte. En la biblioteca de la Universidad de Leiden en 1610 se ampliaban a Matemáticas, Filosofía, Literatura, Teología, Historia, Medicina y Derecho.

Así, el orden y la estructura se fueron paulatinamente implantando desde unos comienzos más anárquicos hacia la sistematización precursora del XVII, interrumpido en algunos casos, como apunta Ferdinand, a mediados del XVI por ejemplos como el de Enrique VIII:

The natural progression in British library administration from the fairly unstructured and diverse tradition at the end of the fifteenth century to the precursors of professional librarianship in the seventeenth was seriously disrupted in the mid-sixteenth century. The process was begun when Henry VIII decided he needed textual support for his divorce from Catherine of Aragon and sent his colleagues to scour the major collections for relevant volumes. (568)

Fueron consolidándose también las políticas de adquisición de libros en las bibliotecas de finales del siglo XV y principios del XVI. Además de las donaciones de los libros que habían tenido gran auge en los años posteriores a la Reforma, se desarrolló también la compra de volúmenes, como muestran, por ejemplo, las inversiones en la compra de libros de la Universidad de Oxford a partir de 1530 para la biblioteca de Merton College con gastos que ascendían a unas 60 libras en 1549.

En general, se empezó a establecer una asignación específica para las bibliotecas “*pro pecunia collata in biblioteca*” que combinaba también las donaciones económicas. Ferdinand describe el caso de la aportación económica de George Abbot, arzobispo de Canterbury, que donó 100 libras para la compra de libros en 1632 (576-78).

En cuanto a los préstamos, ya los responsables de la administración de las bibliotecas medievales habían sido conscientes de la importancia de facilitar volúmenes a lectores y otras entidades del exterior. Lucas señala que no todos los monasterios se habían mostrado entusiastas con la idea y menciona los esfuerzos que desde 1212 se tenían que llevar a cabo en instituciones religiosas y académicas para organizar préstamos (245). Ya a lo largo del siglo XIII el paso de libros de una a otra institución se canalizó por un servicio organizado de préstamos en la biblioteca. Algunas de ellas permitían préstamos *ad vitam* que exigía un seguimiento anual:

If a book was assigned *ad vitam*, the consent of the custodian was required as well; a thirteenth-century example of such a loan from a Cambridge friary to Simon of Hunton is BAV, MS Ottoboni lat. 442 (Caesarius of Arles). Books had to be shown once a year, when an inventory was made. (248-49)

La otra opción era tomar libros prestados sólo *in casu necessitatis* para conseguir mantener los libros en la biblioteca. Lucas resume así las dificultades para obtener libros y sus consecuencias:

Because of the difficulty in obtaining books, three developments took place: (1) students in the universities had to try and borrow books from elsewhere; (2) religious foundations provided for their own book collections in the universities; and (3) secular foundations were forced to set up their own libraries. (253)

Todo ello puso de manifiesto aún más la necesidad de gestionar ordenadamente los intercambios a lo largo de los siglos. Por ejemplo, como recoge Lucas, en la segunda mitad del siglo XIII el reglamento de los dominicos de Humbertus de Romanis reguló el intercambio de libros entre entidades religiosas (254). En esta línea, las instituciones seculares establecieron la diferencia entre la colección de referencia permanente, *libri concatenati*, que no se prestaba, y la colección para préstamos, *libri distribuendi* (256). A ello se le unía la defensa de la necesidad de proyectar al exterior el saber acumulado en las bibliotecas, como defendía el jesuita Claude Clément (1594-1642), que en su estudio de biblioteconomía, *Musei, sirve, bibliothecae exstructio, instructio, cura, usus Libri IV* (1635), mantuvo que las finalidades de las bibliotecas debían combinar la “*utilitatis publica*” (2), y la “*eruditionis ostentatio*” (5).

3. HACIA LA PROFESIONALIZACIÓN DE LAS BIBLIOTECAS (1650-1850)

El siglo XVII se caracterizó por la existencia de bibliotecas que se pueden aglutinar en dos grupos: las administradas por organismos municipales que ofrecían un servicio público (con o sin suscripción), y las que estaban bajo la tutela de alguna entidad privada (religiosa o no), que a su vez podían estar abiertas al público o tener usuarios privados. Powell (84) ejemplifica el primer grupo con la biblioteca de Norwich, fundada en 1608 por la Norwich Municipal Assembly que más tarde se transformó en una biblioteca de suscripción (*subscription library*) en 1656. También menciona una biblioteca de Bristol de un particular, Robert Redwood, que la donó en 1615 y definió como “Librarye, or place to put bookes for the furtherance of Learninge.” En cuanto al segundo grupo, menciona la biblioteca de Manchester, promovida por deseo de Humphrey Chetham, hombre de negocios de la industria textil, y la de Skipton en Yorkshire, fundada por Sylvester Petyt, dueño de Barnard’s Inn.

Powell estudia así la difusión de las bibliotecas desde 1700, convertidas en un elemento esencial del paisaje urbanístico: “Almost all of the major urban centres of population were equipped with a library that was in some sense accessible to the public” (86). La creación de estas bibliotecas se producía en muchos casos paralelamente al desarrollo de otras instituciones públicas como las denominadas *grammar schools*, *lectureships* que fomentaban el desarrollo cultural y social de la población, cuyo objetivo final era proporcionar a una ciudad con la seña de un comportamiento civilizado. De tal manera que las bibliotecas fueron en muchos casos el germen de las vías de educación. Powell, indica, por ejemplo, que en 1641 los ciudadanos de York gestionaron una petición parlamentaria para que se construyera la tercera universidad en su ciudad, esgrimiendo como principal argumento la existencia de una biblioteca, una institución que se convertía en símbolo de “municipal growth and civic pride” (88). No obstante, también es importante notar que en algunos pueblos y ciudades inglesas de la época este proceso del desarrollo de las bibliotecas fue acompañado de otro proceso simultáneo de adoctrinamiento religioso, en el que, más que con objetivo didáctico, se querían reforzar las creencias religiosas, especialmente aquellas promovidas por el movimiento puritano, como fue el caso de la biblioteca de Norwich

“partly founded to increase the amount and standard of preaching within the city” (89). En general, los datos ofrecidos por Powell muestran que los usuarios de este tipo de bibliotecas eran principalmente hombres, y que sus requisitos eran específicos y muy estrictos, siendo necesario, por ejemplo, en la biblioteca de Thomlinson en Newcastle que los usuarios llevaran camisas blancas y corbata para ser identificados y para evitar robos y daños a los libros (95).

Los mecanismos de la biblioteconomía cambiaron poco entre 1650 y 1750. Más bien se produjo una consolidación de lo desarrollado hasta entonces. Se aprecia un cambio en la terminología, respecto a la palabra “bibliotecario” que evolucionó de *library-keeper* a *librarian*. Seguía sin existir formación ni certificación oficial para el bibliotecario al que, sin embargo, se le solía exigir el dominio de alguna disciplina, normalmente relacionada con la naturaleza de la biblioteca. Por ejemplo, en la de la catedral de Canterbury debía ser un miembro del clero, mientras que en la del Royal College of Physicians de Londres debía ser un miembro de esta sociedad. En el caso de las bibliotecas privadas el criterio dependía de la persona que contrataba, pero siempre estaba caracterizado por su perfil intelectual. El manual *Instructions Concerning Erecting of a Library Presented to my Lord, the President De Mesme* (1627) del bibliotecario francés Gabriel Naudé (1600-53), describía los rasgos necesarios para el perfil de un buen bibliotecario, ideas que tuvieron gran influencia entre los ingleses, como recoge Morrish: “. . . honest person, learned, and well experienc'd in books . . . He must have strength of body, patience of mind, good nature, good manners, and a natural benignity of temper, to assist others' wants, whether real or only the result of a vain and wanton curiosity” (214).

Estas ideas, tomadas de su capítulo IX, “What ought to be the principal scope and end of such a Library,” resultan interesantes puesto que no sólo indicaban los conocimientos e intereses que debían mostrar los bibliotecarios a la hora de desempeñar sus funciones, sino también las habilidades sociales para relacionarse con los lectores a la hora de atender sus demandas y exigencias. También Naudé dedica un espacio a los requisitos necesarios en el lector: sentir una verdadera pasión por la lectura y disfrutar con los libros sin fingirlo. Interesa además señalar el concepto que se iba formando de permitir el libre acceso a la información al público en general: conocimiento, saber y universalidad guían los pasos de estas primeras bibliotecas.

En cuanto a la catalogación, se fueron imponiendo las reglas heredadas de los siglos anteriores: autoría y temática siguiendo un orden alfabético. Por ejemplo, los catálogos de la biblioteca Bodleian² de 1620, 1674 y 1738 se regían por un estricto orden alfabético por autor.

También, como en épocas anteriores, la tarea de los bibliotecarios implicaba mantener la seguridad de los libros. Existían amenazas, como el fuego provocado en algunas ocasiones por descuidos al intentar mantener el habitáculo con una temperatura óptima. Un fuego en Exeter College en Oxford el 2 de diciembre de 1702 destruyó su biblioteca. También se tenían en cuenta la humedad, los insectos, larvas y otras posibles

² La biblioteca Bodleian en Oxford es una de las más antiguas de Oxford. Data de 1602, aunque sus orígenes se remontan a 1320 aproximadamente, y cuenta en la actualidad con más de 13 millones de obras impresas.

infecciones que podían dañar los ejemplares. Moorish recoge las publicaciones que surgieron al hilo de estas amenazas, como la del científico Robert Hooke, *Micrographia* (1667) u otras menos específicas y divulgativas en 1754 en la revista *Gentleman's Magazine*, fundada en 1731: “homespun remedies including alum and vitriol in bookbinder's paste, and regular dusting with pepper and alum” (228-29). Los robos o hurtos suponían un verdadero reto para los bibliotecarios. Un ejemplo documentado es el caso del robo de Patrick Wilson en la biblioteca de la Universidad de Glasgow, que ejemplifica las penas y consecuencias que se imponían: “The brothers James and John Young, who managed Glasgow University Library from 1679 to 1691, were none too vigilant, and Patrick Wilson stole many books. Detected and convicted, Wilson was imprisoned and deprived of his degree” (230).

El sistema de seguridad comenzó a exigir, además del control a la entrada en las bibliotecas, cierta limitación con acceso restringido. Los miembros de las universidades, por ejemplo, podían disfrutar del uso, pero otro tipo de usuario debía solicitarlo previamente. El mobiliario, además, aseguraba los libros, pues existían estanterías con cerraduras (“lockable chests and cupboards”) e incluso libros asegurados con cadenas (“chaining volumes to lecterns or shelves”) aunque hacia 1750 este sistema fue desapareciendo (231).

En general, todos estos aspectos de gestión y función de los bibliotecarios hasta 1750 se prolongaron hasta 1850 con ligeros cambios. El bibliotecario siguió siendo una figura relevante al servicio tanto de propietarios de bibliotecas privadas, como de instituciones públicas, y de los usuarios de las mismas. Esta relación, por ejemplo, se define claramente en las reglas de la biblioteca de Lincoln's Inn de 1826: “The duty of the Librarian shall be to give his attendance at the library whilst the same is kept open, generally to superintend the state of the Library under the direction and inspection of the Master of the Library.” (Morrish 479).

Si bien desde comienzos del siglo XVII existían casos de bibliotecarios a tiempo completo, en general, la mayoría de los bibliotecarios trabajaban a tiempo parcial compaginando su trabajo con otras labores y con salarios modestos. Por ejemplo, desde 1747 a 1854, los bibliotecarios de la Universidad de Edimburgo eran también profesores de la misma y en la Universidad de Cambridge a finales del siglo XVIII cuatro bibliotecarios simultáneamente ejercieron sus cargos en la entidad, como “head of college.” Según se fue aproximando el siglo XIX, la figura a tiempo completo fue consolidándose, como ocurrió en el Halifax Mechanics' Institute, con un bibliotecario desde 1832. También está documentada la formación de comités encargados de la administración de las bibliotecas, como el de la biblioteca de Leeds, responsable de la selección y compra de libros desde sus inicios en 1768 (481-85).

El procedimiento normal para la adquisición se empezó a regularizar a través de catálogos de librerías e incluso de anuncios esporádicos en los periódicos. Los catálogos llegaban a los comités o bibliotecarios hasta de las zonas rurales para que el público pudiera acceder a las últimas novedades. Sin embargo, el traslado de los libros entrañaba ciertas dificultades debido al peso y a las vicisitudes del transporte lento y trabajoso por carretera. Otra opción era el medio marítimo con los consecuentes peligros de humedad y posibles daños provocados por roedores en los barcos. Moorish

recoge casos legendarios de este tipo describiendo la preocupación de Humfrey Wanley (1672-1726), primer bibliotecario, *keeper*, de la Harleian Library fundada en 1704 que acogió los más de 600 manuscritos de la colección del anticuario Sir Simonds d’Ewes que Robert Harley (1661-1724) compró. También describe el periplo de los libros del obispo Thomas Tanner (1674-1735) que se trasladaron en barco de Norwich a Oxford en 1731: “Bishop Tanner’s books fell overboard and lay submerged for twenty hours” (218).

La acción de los comités en la selección de los libros era decisiva sobre todo en cuanto a la censura de temas inapropiados, “objectionable or unsuitable,” como Morrish los define. Para ello, se le otorgaba al comité poder total como ocurrió en la biblioteca de Leeds: “A rule was introduced in 1777 empowered the committee of the Leeds Library to suppress any book of an indecent and immoral tendency until the next annual meeting” (486). Esta restricción de la “tendencia inmoral” recogía todo un concepto amplio y reconocible de aquello que atentaba contra el orden, la virtud, el decoro o el respeto de creencias e instituciones religiosas y políticas de la sociedad preindustrial y colonial como la que empezó a gestarse en el Reino Unido. Más tarde, en el periodo victoriano, con una sociedad industrializada y transformada en grupos como la aristocracia asentada, la burguesía comerciante y gestora del progreso de la industria, y la gran población de diferentes comunidades de trabajadores y clases empobrecidas, se desarrolló también un gran interés por parte de los grupos gobernantes para controlar los valores morales, no sólo en reformas de la educación, sino en las actividades lúdicas y culturales, entre los que se encontraban la lectura y su selección en bibliotecas.

a. Entretenimiento y progreso: el comercio de los libros

Tras la Restauración y más concretamente a partir de mediados del siglo XVIII, las bibliotecas, creadas inicialmente como centros de conocimiento y sabiduría, fueron experimentando un cambio hacia el entretenimiento y la interacción social. Esta realidad despertaba el interés de la clase gobernante al considerar que las bibliotecas empezaban a desempeñar una función pública y los peligros que podía conllevar la lectura y discusión de cuestiones inapropiadas desde un punto de vista político y moral. Se estaban experimentando, además, cambios económicos y sociales en Gran Bretaña, especialmente entre 1750 y 1850 con el gran crecimiento demográfico, de 8.5 millones de habitantes en 1750 a 27 millones en 1850 a pesar de los años de hambruna en Irlanda (1846-1847).

El crecimiento poblacional fue acompañado del aumento de la clase media: “a rapidly growing population finding middle-class jobs” (Innes 287). Londres se convirtió en la capital de moda alrededor de 1800, sufriendo una verdadera revolución urbana. Recordemos que la propia literatura recogía esta sensación de magnitud del Londres victoriano. En la voz del narrador de *Oliver Twist* (Charles Dickens, 1838), cuando el muchacho llega por primera vez a la metrópolis:

The name awakened a new train of ideas in the boy’s mind. London—that great large place!—nobody—not even Mr Bumble—could ever find him there! He had

often heard the old men in the workhouse, too, say that no lad of spirit need want London; and that there were ways of living in that vast city, which those who had been bred up in country parts had no idea of.³ (Dickens 97)

Londres fue, además, el centro neurálgico donde más se potenció el cambio en cuanto al comercio del libro. La reedición de títulos había influido positivamente en los fondos de las bibliotecas desde finales del siglo XVIII, así como en el incremento del público lector. Entre 1780 y el final de siglo la media de publicación de libros aumentó un 3.5 por ciento (Raven 244-45). Las clases medias en esos momentos compraban libros y revistas como objetos de consumo y el desarrollo de diferentes tipos de bibliotecas fue otra de las consecuencias de esta revolución comercial en Gran Bretaña en la era de una incipiente sociedad consumista.

Hay que entender el siglo XVIII como periodo en el que se toma conciencia de la comercialización del tiempo libre, con el florecimiento no sólo de las bibliotecas sino de la promoción de reuniones, tertulias o conciertos. Se estimuló la aparición de salas de lecturas con revistas y periódicos, en muchos casos anexas a las bibliotecas. Se empezaba a producir un movimiento en el que la denominada “república de las letras” debía ajustarse a los nuevos parámetros sociales, además con códigos de una nación comercial, como apunta Keen, “the need to connect with the broader public” (3). Recordemos que el narrador de Joseph Addison en su conocido número 10 del *Spectator* afirmaba haber llevado la filosofía desde bibliotecas, colegios y universidades a los clubs, asambleas y coffee-houses. No obstante, hay que tener en cuenta que el libro mantenía la distinción y calidad intelectual propia con respecto a cualquier otro de los hábitos de ocio. Un pequeño número de librerías en Londres dominaba el mercado, y suministraba a las bibliotecas a través de agentes. Innes bien resume todos estos datos:

The continuing ascendancy of the landed classes within both the social and the political system found some reflection in the world of libraries. The humanist ideal of the gentleman man-of-letters had an abiding hold on the imagination of these generations—witness thus the . . . centrality of the library in the design and life of country houses, and the provision of substantial libraries in London gentlemen’s clubs. Even if collections were sometimes inherited and did little more than furnish a room, in so doing they played a residual symbolic role. (288)

El desarrollo de las bibliotecas se hacía aún más evidente en las zonas rurales remotas, así como en las colonias (Raven 247). Ambos tipos compartían una serie de peculiaridades, como la exclusividad. Raven comenta, por ejemplo, que en la biblioteca de Sheffield sólo se aceptaban como miembros a las personas que vivían en un entorno de dos millas. Se creaban también así las bibliotecas privadas, *proprietary libraries*. Las compartían amigos y vecinos que imitaban las actividades de las clases más

³ También en la voz del narrador Marlowe, antes de emprender su periplo en busca de Kurtz en *Heart of Darkness* (Joseph Conrad, 1899), afirma con convencimiento que Londres es la ciudad mayor y más grande de la tierra. Desde Gravesend, situada en la ribera sur del Támesis, al este de Londres, puede adivinar su inmensidad: “The air was dark above Gravesend, and further back still seemed condensed into a mournful gloom, brooding motionless over the biggest, and the greatest, town on earth” (27).

privilegiadas. Eran asiduos compradores de libros que disfrutaban de lecturas, cenas y debates privados y permitían crear una atmósfera de eventos de vida social educada y respetable. Los miembros de estas bibliotecas formaban además sociedades intelectuales, y en ocasiones promovían las sociedades en torno a la creación de bibliotecas, *library societies*, que pretendía distanciarse de lo común hacia un mayor refinamiento. Consideraban los libros como vehículos de instrucción e ilustración y, como consecuencia, de reafirmación social y cultural:

Most proprietary libraries were inescapably bound to the intricacies of elite social and political consolidation, where claims to public leadership were founded not only on wealth but on gender, religion, education, fashion and etiquette—precisely the sorts of badges and rituals of gentility nurtured by library societies. (259)

Con ellas se contribuyó a desarrollar el interés por las ciencias modernas, así como por la erudición clásica, y eran puntos de transmisión de la cultura impresa, del debate y del refinamiento que se alejaba de lo común favoreciendo la idea de una identidad británica culta, educada y preparada para los cambios del progreso.

En esta época, de 1750 a 1850 se consolidan aún más las colecciones privadas, que reforzaron el hábito de agrupar volúmenes valiosos por su rareza, por su valor comercial, por ser primera edición y manteniendo la preferencia clara por el canon literario clásico en el que predominaban las obras griegas y latinas (Hunt 438-39). Este autor destaca entre este tipo de colecciones privadas las de dos bibliófilos ingleses, Joseph Smith (1674-1770) y el reverendo Thomas Crofts (1722-81). Al primero se le conoció como el cónsul Smith en el consulado británico en Venecia de 1744 a 1760 y mostró siempre una gran preferencia por la cultura italiana frente a las primeras ediciones (*editio princeps*) grecolatinas.

De igual manera un interés especial por la literatura vernácula inglesa avivó el desarrollo de las colecciones privadas, de moda entre los países europeos y entre los propios ingleses, que se reaviva con un espíritu nuevo de arraigo nacionalista. Fueron, además, un vínculo de unión entre Inglaterra y Escocia y se desarrollan paralelamente a la fundación de nuevas instituciones como el Museo Británico en 1751 y a eventos que impulsaron la literatura como la canonización de Shakespeare como el gran dramaturgo nacional (448).

Si bien el mundo de los coleccionistas de libros estaba dominado prácticamente por la esfera masculina, existió una larga tradición de mujeres intelectuales a lo largo del XVIII. Keen habla de la “feminization of modern culture” (5) que se genera en este siglo. Se muestra tanto en los ataques satíricos que recibió la mujer novelista (como el retrato sardónico de Mrs. Novel que hizo en 1730 Henry Fielding en *The Author's Farce*), como en el empuje intelectual del grupo informal de las Bluestockings o en la defensa de la educación que hicieron Hannah More, Hester Chapone o Sara Fielding. Ello explica que existieran figuras posteriores tan relevantes como Miss Frances Mary Richardson Currer (1785-1861) que contó con una excelente biblioteca y catálogo impreso en 1833. Fue incluso invitada a unirse al Roxburghe Club, sociedad que se fundó en 1812 para celebrar las ventas de Roxburghe, y que aún mostraba

comportamientos donde la mujer no tenía mucha cabida, como apunta Hunt: “a world of male sociability and drunken conviviality” (452).

En cuanto a la temática de los libros, el siglo XVIII se caracterizó por el crecimiento sin precedentes en la producción, especialmente de la ficción. El mercado se controlaba desde editoriales londinenses con un sistema eficiente de distribución. También empezaban a gestarse contados ejemplos provinciales, como las cuatro importantes editoriales escocesas, Constable, Black, Blackie y Collins, que irrumpirían en el mercado nacional con fuerza a comienzos del siglo XIX. Las nuevas vías de transporte terrestre favorecían además el traslado de libros de bibliotecas y librerías: “In 1750 the book trade was a pre-industrial activity, with a clear line of descent from the guild-dominated crafts and trade of the sixteenth century; by 1850 it was a modern commercial enterprise” (Feather 301).

Con todo ello, la industria del libro, el interés por la lectura y las posibilidades de instituciones crecían en un contexto favorecedor. Se estaban asentando las bases del comienzo de la era industrial, y entre 1770 y 1820, Inglaterra experimentó un cambio económico esencial, del desarrollo agrícola a la extracción y manufacturación de materias primas de las colonias. Este hecho implicaba a toda una gama de instituciones resultantes del capitalismo industrial, como bancos, correos y sindicatos que también afectaban al mundo del libro. Asimismo, las nuevas técnicas de impresión y de ilustración ejercieron una gran influencia en la producción de libros a partir de 1820. Se produjo una serie de reducciones de impuestos que afectó al papel como materia prima y a las publicaciones en general, a periódicos, panfletos o libros. Se llevó a cabo una campaña en contra de las denominadas “taxes on knowledge,” los impuestos que afectaban el campo del conocimiento (Feather 309), que se redujeron drásticamente en torno a 1850.

La consecuencia directa de todo esto fue, gracias a un desarrollo técnico favorable, un abaratamiento considerable de los libros, que brindó una mayor disponibilidad, uso y distribución al público con menos facilidades económicas. Con ello, el mercado del libro a comienzos de la época victoriana consiguió responder a las demandas del momento y a mediados del siglo XIX la oferta de los editores era mucho mayor, gracias a nombres ya consagrados como Thomas Norton Longman, John Murray y William Lane con Minerva Press.

Los sistemas de catalogación también se fueron regulando en un abanico variado de posibilidades. Las bibliotecas más prestigiosas como la Bodleian y la del Museo Británico optaron por fórmulas rigurosas. Respetaron las 91 reglas formuladas en 1839 por Panizzi (1797-1879), italiano de nacimiento y bibliotecario británico, que introdujo el uso de la lengua inglesa en lugar del latín para catalogación. La biblioteca de la Universidad de Cambridge, que había seguido la práctica de la biblioteca Bodleian, redujo estas reglas a 15 y las implantó en 1854. El primer catálogo de la biblioteca de Londres ordenado alfabéticamente por autor se publicó en 1842. Otras bibliotecas menos prestigiosas también elaboraron sus catálogos atendiendo a criterios menos rigurosos. El catálogo de la biblioteca circulante, *circulating library*, de William Todd de 1805 tenía tres secciones, una para las novelas que aparecían por título y sin el autor ni datos de impresión, otra de miscelánea ordenado alfabéticamente por autor o título de

la obra y, por último, una para las obras dramáticas, en orden alfabético por título, pero desprovista de los nombres de los autores. El primer catálogo de The Sheffield Mechanics' Institution de 1824, por ejemplo, se organizó por temática siguiendo el orden alfabético por autor e incluyendo algunas entradas de títulos de obras.

Esta variedad de técnicas en las bibliotecas prueba las distintas vías que se estaban siguiendo y la lógica necesidad que se hacía imperiosa para establecer un sistema serio y riguroso que se habría de imponer poco a poco. A mediados del siglo XIX las bibliotecas constituían ya un signo e instrumento de educación más, pero, como Moorish define, existían muy distintos tipos para un muy diferente público:

These examples also highlight the gulf which separated learned libraries from others; the Bodleian and British Museum tried to identify books with intellectual rigour for an international community of scholars, but circulating and mechanics' libraries served a different readership for whom bibliographical niceties were less important. Subscription libraries stood uneasily between the two extremes . . .
(489)

Efectivamente, las bibliotecas cultas dejaban en el otro extremo a las bibliotecas que organizaban circulación de libros y las de los institutos y, tal y como apunta Moorish, las bibliotecas de suscripción quedaban en un término medio. Ello nos indica la variedad y riqueza de posibilidades de estas instituciones, que se definirán en el apartado siguiente.

b. Tipología de bibliotecas

Como se ha visto, desde comienzos del siglo XVIII fueron surgiendo en las Islas Británicas instituciones relacionadas con las bibliotecas y alcanzaron su pleno desarrollo en la primera mitad del siglo XIX, pieza esencial en el engranaje de la distribución y expansión de libros y del desarrollo de las bibliotecas. Si bien la bibliografía no es totalmente clara a la hora de delimitar los perfiles de las bibliotecas existentes, Kelly (118-51) especifica tres tipos antes de 1850: bibliotecas privadas de suscripción, *subscription libraries*, clubs de libros, *book clubs* y bibliotecas circulantes, *circulating libraries*. En función de su origen y funcionamiento se pueden definir unas y otras. Las primeras se caracterizaban por el pago de una cuota por parte de los usuarios, normalmente elevada y exclusiva para las clases sociales altas. En cuanto a los clubs de libros, estos se caracterizaban principalmente por tres aspectos: entre sus objetivos no se planteaba formar una colección permanente, se trataba de un círculo reducido, entorno a una docena de miembros, y atendían a propósitos sociales y literarios con una importancia relevante a los encuentros periódicos (136). Raven apunta la existencia de 110 entidades de este tipo en veintinueve condados de Inglaterra a finales del siglo XVIII (246). Finalmente, el tercer grupo se encontraba, normalmente, en manos de los libreros o impresores-libreros en busca del beneficio económico.

Si atendemos a la definición aportada por Coleman de las bibliotecas de suscripción, las primeras según la clasificación de Kelly, estas incluyen algunos de los otros tipos en función de las cuotas existentes, que en ocasiones eran más bajas para

permitir la accesibilidad a un mayor número de lectores: los clubs de libros, como el de Leicester fundado en 1740, aún existente bajo el nombre de Leicestershire Book Society (Kelly 137), y la Sheffield Book Society, creada en 1806, las de los institutos de formación, *mechanics' o apprentices' institutes*, como el Mechanics' Apprentice Library de Liverpool de 1823, y las bibliotecas circulantes, como Mudie's Select Library, fundada en 1842 (24). Según este investigador todas estarían dentro del grupo de bibliotecas de suscripción, por lo que se precisa concretar estas clasificaciones.

Las bibliotecas de suscripción consistían en una modalidad de biblioteca privada que había alcanzado gran importancia en el siglo XVIII y primera mitad del XIX. El alto coste de la producción de libros y la falta de apoyo gubernamental hasta su implicación a partir de 1850 contribuyó al desarrollo de estas bibliotecas para el creciente público lector. Se caracterizaban porque el usuario pagaba una cuota periódica para poder hacer uso de sus libros y colecciones (Wayne y Davis 608). La más antigua en las Islas Británicas fue la creada por los mineros de Leadhills, The Leadhills Miners Reading Society, en Escocia en 1741 (329) y The Liverpool Subscription Library fue la primera en Inglaterra, fundada en 1758. A raíz del éxito de esta iniciativa pionera en Leadhills, los dos pueblos mineros vecinos también se animaron a fundar una, en Wanlockhead en 1756 y en Westerkirk en 1792. En realidad, se tomó como referencia por la calidad de su oferta y finalidad, más formativa que lúdica: “The Leadhills library became rather famous, and references to it in nineteenth-century literature make it clear that its purpose was to provide for serious study, and not mere entertainment” (Kelly 125). De hecho, Raven las ha etiquetado como “entidades burguesas,” “*bourgeois formations*,” y las cifra en torno a 1.005 antes de 1850 (245-46). Algunas de estas bibliotecas se enorgullecían de pertenecer a ciertas afiliaciones políticas y religiosas. Entre 1770 y 1830 fomentaron la agrupación de personas de determinadas profesiones o intereses como The Philosophical and Medical Society Library en Newcastle. Eran instituciones principalmente para el personal masculino en el que la mujer no participaba. Solo en algunos casos estas podían tomar prestados libros bajo la autorización de algún miembro masculino de su familia como el padre, hermano o marido (Raven 250-51).

Los institutos de formación fueron establecimientos educativos centrados principalmente en disciplinas técnicas para ciudadanos adultos.⁴ Se fundaron a partir de la década de 1820 y surgieron, sobre todo, en zonas industriales donde era esencial contar con trabajadores de cierta formación laboral y técnica, en muchos casos no cubierta por el currículum oficial universitario. Fueron el fruto de una filosofía utilitarista social, que formaba a trabajadores especializados para hacer progresar a la nación. Se convirtieron en un elemento fundamental del paisaje cultural y social nacional: “By 1850 there were 702 such organizations in the United Kingdom, of which 610, with a membership of 102.000 were in England alone” (Altick 190). En estas entidades se disponía de una biblioteca cuyos fondos se obtenían, en su mayoría, gracias a las donaciones (Innes 291).

⁴ En relación a los institutos de formación, *mechanics' institutes*, ver Hammond y Hammond; y Kelly (228-37).

Las conocidas bibliotecas circulantes fueron una modalidad de bibliotecas de préstamos comerciales que abastecía las necesidades del público lector especialmente en la primera mitad del siglo XIX, aunque surgieron como un elemento importante en el XVIII y su gestión duró hasta principios del XX. Según Kelly, la figura que le dio nombre no fue un librero, sino un clérigo disidente, Samuel Fancourt, que comenzó su incursión en el gremio en Salisbury entorno a 1735 (145-146). Estas entidades contaban con ingresos que provenían del préstamo de libros a los usuarios que pagaban o bien periódicamente o una pequeña cuota por cada volumen prestado (Gerard 205). Una de las primeras fue la de Edimburgo en 1725 (Wayne y Davis 142). También, como Raven afirma, James Hoey estableció una en Dublín en 1737 “the first circulating library in Ireland with a large collection of Histories, Romances, Novels, Memoirs etc.” (251). El mismo autor indica que este tipo de bibliotecas ofreció sus servicios de préstamos por primera vez en Inglaterra en la década de 1740. Las más relevantes fueron las de Thomas Lowndes, los hermanos Noble, Thomas Hookham, John Bell y William Lane. En 1800, más de 200 operaban en toda Gran Bretaña, más del doble de otro tipo de bibliotecas y un gran número de usuarios acudían de forma regular (251-261). En palabras de John Feltham: “every intelligent village throughout the nation now possesses its circulating library” (322).

Se caracterizaban por mostrar una naturaleza más democrática que otras ya que daban acceso a muchas lecturas que ampliaban el campo de lectores a las mujeres, ofreciendo libros más populares, periódicos, panfletos y otras publicaciones (Wayne y Davis 643). El aumento de oferta de lectura de ficción trajo consigo críticas en base a los contenidos moralmente poco adecuado (Kelly 146-47), por lo que se atisbaba aquí lo que abiertamente se plantearía en las últimas décadas del siglo XIX como el gran problema de la ficción, *The Great Fiction Question*. Keen señala, sin embargo, que crítica a estas instituciones llegó en muchos casos de la mano de mujeres autoras (6). Así, Clara Reeve en *The Progress of Romance* (1785) defendió la importancia de la novela distinguiendo, como muchos otros críticos de la época, entre las buenas novelas y muchas de las que proliferaban a través de estas bibliotecas por la fiebre comercial del mercado del libro del momento. Es decir, las bibliotecas circulantes se apoyaron en la búsqueda del beneficio económico, del cliente más que del lector. Contenían literatura de ficción cuyo módico alquiler se suponía al alcance de la clase trabajadora frente a las bibliotecas de suscripción con literatura para las clases con mayor nivel económico y cultural (Forster y Bell 152-53). No obstante, Baggs no comparte esta reflexión ya que estas entidades seguían estando fuera del alcance de la economía de la clase obrera (171).

En cuanto a las publicaciones, Raven ofrece datos sobre las mismas entre 1775 y 1818 de estas bibliotecas. Los editores británicos publicaron 2.503 novelas en estas fechas: el dominio de la novela epistolar en torno a 1776 comenzó a declinar en la década de 1790, sustituida por el gran interés que despertó la novela gótica, “Particular circulating libraries took care to emphasise the strengths of their shelves, whether continental novels, Gothic fiction, plays or poetry” (256). También apunta cómo la recuperación de algunos novelistas, principalmente de Walter Scott, caracterizó las prácticas sociales y las lecturas de estas bibliotecas en las décadas de 1820 y 1830

(256). Estas definiciones exponen la amplia variedad de bibliotecas que existía ya en 1850 como fruto de la Revolución Industrial iniciada a finales del siglo XVII y la intelectual de la Ilustración del siglo XVIII. Las bibliotecas se fueron adaptando a las realidades de los nuevos tiempos con nuevas exigencias y la organización y control del conocimiento sería un factor primordial en la biblioteca de la segunda mitad del siglo XIX.

c. La Ley de Bibliotecas Públicas de 1850

Si los siglos anteriores habían sentado las bases en la creación y formación de bibliotecas como centros de conocimiento para cubrir las necesidades del floreciente público lector, será a partir de 1850 cuando estas bibliotecas tengan su momento de mayor apogeo. El perfil del usuario de las bibliotecas pasa del ámbito meramente académico y religioso del Renacimiento y la Restauración a un público de diferentes estratos sociales, en especial, las clases medias y trabajadoras que disfrutaban de cierto tiempo libre a lo largo del siglo XIX, aunque sus preferencias en cuanto al entretenimiento se comenzaron a ver con recelo por parte de las clases sociales más pudientes. Aportemos datos al respecto.

El desarrollo industrial trajo consigo la aparición de nuevas poblaciones de rápida creación que no habían tenido en cuenta las necesidades sociales de sus habitantes. A estos, que mostraban una importante tendencia a agruparse en asociaciones con intereses comunes, Black los define con el término “gregarios,” “clubbable” (“Libraries” 123). Este concepto de sociabilización, “clubbability,” lo analiza el autor como un proceso de una herencia directa de la Ilustración y de comienzos de la Revolución Industrial, que favorecía el desarrollo de bibliotecas y salas de lectura donde la convivencia iba unida al intercambio y adquisición de prensa, publicaciones semanales y mensuales y volúmenes que ponían de manifiesto las nuevas modas, tanto novelas por entregas, como las novelas en tres volúmenes, las conocidas *three-decker novels*. Ante esta realidad se plantea la necesidad de una adecuada administración de la gestión del tiempo libre de las clases medias y trabajadoras, con la sugerencia de la creación de bibliotecas públicas (Hayes 75-81). El Utilitarismo ejerció una gran influencia en este aspecto, ya que consideraba las bibliotecas como las instituciones que ofrecían a la clase trabajadora la posibilidad de mejorar su nivel formativo, que contribuían positivamente al desarrollo democrático de la sociedad y a la gestación de ciudadanos de responsabilidad. Se trataba de un mecanismo de control del orden social que favorecía la motivación de los trabajadores (Black, “Philosophical Roots” 27-36). Este movimiento a favor de la creación de bibliotecas públicas se vio beneficiado con el nacimiento de La Sociedad Nacional por la Educación de los Pobres en 1811, The National Society for the Education of the Poor, y La Sociedad de Escuelas Extranjeras y Británicas en 1814, The British and Foreign School Society, que pretendían ofrecer una educación básica con la consecuente demanda de material para leer. Se estaba materializando lo que pensadores del siglo XVIII, como Thomas Paine y Adam Smith, habían defendido años antes:

Though the state was to derive no advantage from the instruction of the inferior ranks of people, it would still deserve its attention that they should not be altogether uninstructed . . . ignorant nations frequently occasion the most dreadful disorders. An instructed and intelligent people, besides, are always more decent and orderly than an ignorant and stupid one. (Smith)

El impacto social y económico de la Revolución Industrial se traducían en una mayor necesidad de conocimiento y formación en la que las bibliotecas jugarían un papel fundamental y así se trasladó al parlamento.

En los debates parlamentarios de 1841, años antes de crearse en 1849 el comité especializado para investigar sobre la viabilidad de establecer bibliotecas *públicas*, *The House of Commons Select Committee on Public Libraries*, uno de sus más fervorosos defensores, William Ewart, cuyo apellido daría nombre a la ley, *The Ewart Act* de 1850, apostaba por la importancia de la educación y, consecuentemente de las bibliotecas, como “un gran placer preventivo,” “great preventive pleasure,”⁵ contra la delincuencia. Se desprende de su discurso cómo un servicio bibliotecario público apropiado formaba parte de su esquema de educación nacional, tesis que mantuvo toda la década hasta lograr que se estableciera el ya nombrado comité de 1849 puesto que, según afirmó, dicho planteamiento ensalzaría “the literary, moral and religious character of the people.”⁶ El segundo gran argumento para la formación de este comité fue la inferioridad del estado de las bibliotecas públicas de Gran Bretaña en relación a las del resto del continente, apoyándose en el artículo de Edward Edwards de 1848 “A Statistical View of Public Libraries” publicado en *Journal of the Statistical Society*.

El proyecto de ley de Ewart planteaba la entrada libre de los usuarios a las bibliotecas públicas, la adquisición de libros a través de donaciones y la posibilidad de recurrir a los fondos públicos por parte de los gobiernos locales siempre que se contara con la aprobación necesaria. Esta propuesta encontró una firme oposición desde sus inicios, con argumentos como el de Lewis W. Buck, miembro por North Devonshire, con el aumento de impuestos que podría implicar, “additional taxation,”⁷ y que recaería principalmente en los grandes propietarios. Otros resultaron ser mucho más peregrinos, como los del Colonel Charles W.D. Sibthorp, que abiertamente afirmó que a él “no le gustaba leer en absoluto,” “did not like reading at all.”⁸ Otra idea que se expuso con firmeza fue el peligro con el que se concebía que el conocimiento llegara a las clases sociales más desfavorecidas que, según Sir Robert H. Inglis, miembro por la Universidad de Oxford, “podría provocar altercados insanos”: “creating lectures rooms . . . might give rise to an unhealthy agitations.”⁹ Fueron muchas las voces que contrarrestaron estas tesis. Joseph Brotherton, miembro por Salford, consideraba las bibliotecas como la policía más barata que se podría contratar: “this Bill would provide the cheapest police that could possibly be established.”¹⁰ También son representativas

⁵ Ver Hansard (6 de abril de 1841, vol. 57, c. 942).

⁶ Ver Hansard (15 de marzo de 1849, vol. 103, c. 754).

⁷ Ver Hansard (3 de marzo de 1850, vol. 109, c. 840).

⁸ c. 839.

⁹ c. 848.

¹⁰ c. 841.

las intervenciones de George Alexander Hamilton y John Bright. Este último, representante de Manchester, realizó una elocuente defensa de los anteriormente nombrados impuestos al conocimiento, “taxes on knowledge,” ya que contribuirían al mantenimiento del orden y la armonía entre las diferentes clases sociales: “was quite sure that nothing would tend more to the preservation of order than the diffusion of the greatest amount of intelligence, and the prevalence of the most complete and open discussion, amongst all classes.”¹¹

Estos debates parlamentarios se alargaron varios meses y la propuesta de ley se enfrentó a varias enmiendas, algunas significativas como que la aplicación de esta ley se limitaría a poblaciones con más de 10.000 habitantes, cifra que se reduciría a la mitad en la ley de 1855, así como la consulta previa a los contribuyentes para poder implantarla.¹² Se mantuvieron las diferentes posturas a favor y en contra de la misma. Las palabras de Hume, representante de Montrose, en el debate del 15 de junio de 1850 volvía a incidir en las dos grandes causas que gestaron la iniciativa de esta ley, la paupérrima realidad británica en cuanto a bibliotecas públicas y el gran beneficio que supondría para la sociedad: “In the United States there were some 10,000 public libraries, but in England, not 200; and, thinking it was much better that the people should have the opportunity of spending their time in public libraries in preference to public houses.”¹³ Finalmente, la ley llegó a aprobarse el 25 de julio en su tercera votación y obtuvo el referendo real el 14 de agosto de 1850.

Muchos han sido los analistas¹⁴ que han considerado esta ley como insuficiente y no sería hasta sucesivas modificaciones posteriores (como las de 1855, 1866 e incluso de 1919) que no se llegaría a implementar debidamente. Con sus luces y sus sombras, sin lugar a duda, aunque más permisiva que efectiva, supuso el primer paso en firme hacia una regularización y profesionalización de un sistema nacional de bibliotecas públicas, muy a pesar de las voces opositoras.

4. CONCLUSIONES

Las bases del sistema de gestión de bibliotecas británicas, con origen monástico y de colecciones privadas y académicas, se fueron gestando a lo largo de los siglos, superando las dificultades a la hora de aunar volúmenes. Un repaso a los inicios de las funciones y gestiones bibliotecarias permite conocer los asuntos que sistemáticamente se repetirían en bibliotecas posteriores. Se concluye que el sistema de catalogación influenciado por parámetros clásicos y europeos, la seguridad de los libros, la gestión y la adquisición de volúmenes eran preocupaciones latentes en las primeras colecciones.

La consideración arbitraria del periodo de 1650 a 1850 como época de transición al siglo XIX permite comprender cómo desde el siglo XVII el sistema de bibliotecas busca reflejo en otros países al tiempo que reacciona frente al boom del desarrollo de

¹¹ c. 846.

¹² Ver Hansard (10 de abril de 1850, vol. 110, c. 154).

¹³ Ver Hansard (15 de junio de 1850, vol. 111, c. 1175).

¹⁴Ver al respecto: Munford (*Penny Rate; William Ewart*); Morris; y Kelly.

la ficción. Las implicaciones que ello tuvo para el mercado del libro y para los autores y lectores, unido al desarrollo de los periódicos es otro de los aspectos a tener en cuenta. Se explica así, el paso del concepto de una erudita república de las letras a la consideración de un incipiente público lector activo, nuevo, de diferentes clases sociales y con gustos variados como resultado directo de los cambios sociales y económicos que acompañaron a la Revolución Industrial. Se hacía necesaria una oferta pública de lectura reglada que comenzó a abrirse camino tímidamente a raíz de la Ley de Bibliotecas Públicas de 1850. Es por ello que un apartado completo esté dedicado a pormenorizar los preámbulos de este reglamento, también conocida como la Ley Ewart y la implicación de políticos, ideólogos y responsables del mercado del libro. Las iniciativas educativas, reformistas, filosóficas y artísticas acompañaron tal contexto, participando directamente en opiniones, censuras, regulaciones y representaciones de esta situación que contribuyeron a una iniciación hacia la profesionalización de la gestión de las bibliotecas públicas. Hubo que esperar a futuras reformas para traducir el objetivo de esta ley en una realidad extendida por toda la nación de una forma generalizada y sistemática. No obstante, los antecedentes aquí descritos prueban la necesidad de esta apuesta política que supuso un cambio de prioridades para garantizar el acceso al libro a todos los segmentos de la sociedad. Si Thomas Paine defendió la idea de una educación universal a finales del siglo XVIII, “A nation under a well-regulated government should permit none to remain uninstructed,” no sería hasta mediados del XIX que se aplicaría esta universalidad a la accesibilidad de la lectura y profesionalización de su gestión, hechos de los que se puede inferir cómo la historia de las bibliotecas en el Reino Unido es la historia de su propia sociedad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTICK, RICHARD D. *The English Common Reader: A Social History of the Mass Reading Public, 1800-1900*. University of Chicago Press, 1998.
- BAGGS, CHRIS. “Radical Reading? Working-Class Libraries in the Nineteenth Century and Early Twentieth Century.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Alistair Black et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 169-79.
- BLACK, ALISTAIR, editor. *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*. Vol. 3, 1850 to 2000, Cambridge University Press, 2006.
- . “Libraries for the Many: The Philosophical Roots of the Early Public Library Movement.” *Library History*, vol. 9, no. 1-2, 1991, pp. 27–36.
- . “Libraries of Our Own.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Alistair Black et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 123-145.
- CLEMENTE, CLAUDIO. *Musei, sive Bibliothecæ tam privatae quàm publicæ Extractio, Instructio, Cura, Usus*. 1635. Google Books,

<https://books.google.es/books?id=N-VbAAAAcAAJ>. Consultado el 13 mayo de 2023.

COLEMAN, STERLING JOSEPH. *Empire of the Mind: Subscription Libraries, Literacy & Acculturation in the Colonies of the British Empire*. Florida State University, 2008. Google Books, <https://books.google.es/books?id=fP-9bKK7yxkC>. Consultado el 24 de octubre de 2023.

CONRAD, JOSEPH. *Heart of Darkness*. Penguin Books, 1987.

DICKENS, CHARLES. *Oliver Twist*. Penguin Books, 1966.

FEATHER, JOHN. “The Book Trade and Libraries.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Giles Mandelbrote et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 301-12.

FELTHAM, JOHN. *The Picture of London*. W. Lewis, 1809. Google Books, <https://books.google.es/books?id=uNMHAAAAQAAJ>. Consultado el 24 de octubre de 2023.

FERDINARD, C. Y. “Library Administration (c. 1475 to 1640).” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Elisabeth Leedham-Green et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 565-91.

FORSTER, GEOFFREY y ALAN BELL. “The Subscription Libraries and Their Members.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Alistair Black et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 147-68.

GERARD, DAVID. “Subscription Libraries: Great Britain.” *Encyclopedia of Library and Information Science*, editado por Allen Kent et al., vol. 29, CRC Press, 1980, pp. 205-21.

HAMMOND, J. L., y BARBARA HAMMOND. *The Age of the Chartists, 1832-1854: A Study of Discontent*. 1930. Reprint ed., Archon Books, 1962.

HANSARD. *House of Commons Debates (Hansard)*.

———. “Education.” *HC Deb* 6 Apr. 1841, vol. 57, col. 942. UK Parliament, <https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1841/apr/06/education>. Consultado el 24 de octubre de 2023.

———. “Public Libraries.” *HC Deb* 15 Mar. 1849, vol. 103, col. 754. UK Parliament, <https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1849/mar/15/public-libraries>. Consultado el 24 de octubre de 2023.

———. “Public Libraries and Museums Bills.” *HC Deb* 13 Mar. 1850, vol. 109, col. 840. UK Parliament, https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1850/mar/13/public-libraries-and-museums-bills#S3V0109P0_18500313_HOC_64. Consultado el 24 de octubre de 2023.

———. “Public Libraries and Museums Bill.” *HC Deb* 10 Apr. 1850, vol. 110, col. 154. UK Parliament, <https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1850/apr/10/public-libraries-and-museums-bill>. Consultado el 24 de octubre de 2023.

———. “Commons Chamber.” *HC Deb* 15 June 1850, vol. 111, col. 1175. UK Parliament, <https://hansard.parliament.uk/Commons/1850-06-13/debates/a90ab744-2e9f-4998-bf6e-452d3b14edce/CommonsChamber>. Consultado el 24 de octubre de 2023. HAYES, E. “Leisure Role of Public

- Libraries: A Historical Perspective.” *Journal of Librarianship and Information Science*, vol. 37, no. 2, 2005, pp. 75–81.
- HUNT, ARNOLD. “Private Libraries in the Age of Bibliomania.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Giles Mandelbrote et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 459-78.
- INNES, JOANNA. “Libraries in Context: Social, Cultural and Intellectual Background.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Giles Mandelbrote et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 285-99.
- KEEN, PAUL. *The Age of Authors: An Anthology of Eighteenth-Century Print Culture*. Broadview Press, 2014.
- KELLY, THOMAS. *Early Public Libraries: A History of Public Libraries in Great Britain Before 1850*. The Library Association, 1966.
- LEEDHAM-GREEN, ELISABETH, et al., editores. *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*. Vol. 1, to 1640, Cambridge University Press, 2006.
- LUCAS, PETER J. “Borrowing and Reference: Access to Libraries and the Late Middle Ages.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Elisabeth Leedham-Green et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 242-64.
- MANDELBROTE, GILES, et al., editores. *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*. Vol. 2, 1640-1850, Cambridge University Press, 2006.
- MORRIS, R. J. B. *Parliament and the Public Libraries: A Survey of Legislative Activity Promoting the Municipal Library Service in England and Wales, 1850-1976*. Mansell, 1977.
- MORRISH, P. S. “Baroque Librarianship.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Giles Mandelbrote et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 212-38.
- . “Library Management in the Pre-Professional Age.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Alistair Black et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 479-93.
- MUNFORD, W. A. *Penny Rate: Aspects of British Public Library History, 1850-1950*. Library Association, 1965, pp. 28-30.
- . *William Ewart*. Grafton, 1960, p. 133.
- NORRIS, DOROTHY MAY. *A Primer of Cataloguing*. Association of Assistant Librarians, 1952.
- PAINE, THOMAS. *Rights of Man*. Vol. 2, 1792. The Thomas Paine National Historical Association, <https://thomaspaine.org/works/major-works/rights-of-man-part-the-second.html>. Consultado el 24 de octubre 2023.
- POWELL, MICHAEL. “Endowed Libraries for Towns.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Giles Mandelbrote et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 83-101.
- RAVEN, JAMES. “Libraries for Sociability: The Advance of the Subscription Library.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Mandelbrote et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 242-63

SHARPE, RICHARD. “The Medieval Librarian.” *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland*, editado por Elisabeth Leedham-Green et al., Cambridge University Press, 2006, pp. 218-41.

SMITH, ADAM. *Wealth of Nations*. 1776. Rojas Data Bank, <https://www.rrojasdatabank.info/Wealth-Nations.pdf>. Consultado el 24 de octubre de 2023.

WAYNE, A. W., y DONALD G. DAVIS, editores. *Encyclopedia of Library History*. Garland Publishing, 1994.